

¿Qué significa pensar en acción?

RAÚL SÁNCHEZ GARCÍA

Profesor de Sociología del Deporte
Universidad Europea de Madrid

Correspondencia con autor

Raúl Sánchez García
raul.sanchez@uem.es

Resumen

En este artículo se realiza un análisis sobre el pensamiento práctico o en acción, propio de lo que son las actividades físico-deportivas. La diferenciación de un pensamiento teórico –entendido en nuestra tradición cultural como único y verdadero pensamiento– de uno práctico proviene no de la materialidad de la actividad (si es física o mental) sino de la urgencia temporal implicada. Ésta, en el caso de las interacciones motrices, impide concebir cada acción como respuesta efectiva a una verbalización mental previa. Por el contrario, cada una de ellas debe entenderse como manifestación del complejo percepción-acción, parte consciente e intencional del individuo, que se relaciona en la inmediatez con un trasfondo de intencionalidad. Esto va a tener hondas implicaciones en el tratamiento de cuestiones tales como el aprendizaje, la creación e innovación de patrones motores o la relación técnica-táctica-estrategia.

Palabras clave

Pensamiento teórico; Pensamiento práctico; Trasmundo; Intencionalidad.

Abstract

What Does Thinking in Action Mean?

This article analyses practical thought or thinking in action, which are characteristic of physical-sporting activities. The differentiation of a theoretical thought -understood in our cultural tradition as the only and true thought - from a practical one, does not come from the kind of the activity (whether it's physical or mental) but from the time urgency implied. The latter, in the case of motor interactions, prevents us from conceiving each action as an effective response to a previous mental verbalization. On the contrary, each of them must be understood as a manifestation of the perception-action complex, the conscious and intentional part of the individual that immediately relates with an intentional backdrop. This is going to have deep implications in the treatment of issues such as learning, creation and innovation of motor patterns, or the relationship between technique, tactic and strategy.

Key words

Theoretical thought; Practical thought; Background; Intentionality.

Introducción

El 18 de abril de 2007, en el transcurso del partido Barcelona-Getafe, el jugador Leo Messi marcó uno de esos goles considerados como antológicos, de otro mundo, algo sólo al alcance de los genios. De hecho, la jugada fue casi calcada a la realizada en el gol conseguido por Diego Armando Maradona hace más de 20 años en los Mundiales de México. En ambos casos, los jugadores reciben el balón cerca del medio campo y mediante un perfecto control y manejo del balón, van deshaciéndose de cuantos contrarios les salen al paso, incluyendo un regate final al portero que acaba con el balón dentro de la red. La gente no puede creer lo que acaba de ver. Tras el partido, los comentaristas asedian al jugador y a la pregunta de uno de ellos: “¿Qué pensabas en esos momentos?, ¿creías que ibas a hacer el gol de Maradona?”, Messi simple-

mente responde: “No, no. En esos momentos sólo pensaba en ir para adelante, para adelante... veía hueco, así que continué hacia el gol.”

¿Qué quiere decir el jugador cuándo afirma que tan sólo “pensaba en ir para adelante” y que iba avanzando hacia la meta?, ¿era esa frase que aparecía en su cabeza (si siquiera aparecía verbalizada) lo único que puede denominarse pensamiento? ¿qué hacía pues mientras avanzaba con el balón sorteando a un cuantioso número de contrarios?, ¿actuar de forma automática, quizá como un sonámbulo?

En esta secuencia podemos observar todas las complicaciones a las que nos enfrentamos al tratar de explicar algunos aspectos de las actividades físico-deportivas, como por ejemplo las concernientes al pensamiento, mediante una serie de concepciones culturalmente heredadas

en nuestro marco de referencia occidental que más que ayudar, dificultan el análisis. Este artículo pretende poner sobre la mesa precisamente esas preconcepciones basadas en una serie de pares opuestos en los cuales lo corporal y físico, la práctica, lo inconsciente, lo automático aparecen como polos negativos frente a lo mental, lo objetivo, lo teórico, lo consciente y lo voluntario. Esta base dualista sobre la cual se cimientan los pilares de nuestro conocimiento, tanto científico como el de sentido común, impide precisamente una buena adecuación hacia lo que considero que es uno de los más importantes, sino el fundamental, objeto de estudio de las ciencias de la actividad física y el deporte: el tipo de racionalidad práctica que se da en toda la serie de actividades corporales incluidas en patrones o cursos de acción.

La tardía incorporación de nuestros estudios a los planes generales de educación superior, así como una muy peculiar y restringida concepción de lo físico en los mismos –tratando al cuerpo como objeto en las ciencias médicas-naturales y sociales o incluso desapareciendo en las propuestas epistemológicas que se suponen más avanzadas tales como la praxeología–¹ atienden a esa misma lógica a la que nos estábamos refiriendo, la cual amenaza con seguir impidiendo un avance significativo en nuestro ámbito. La necesidad de aceptación dentro de lo académico nos ha hecho y nos hace tratar de seguir la estela de ciertos modelos considerados con más pedigrí científico –los más cercanos a la matemática o la física– pero que contienen en sí limitaciones y contradicciones insalvables para algunos ámbitos de nuestro campo. Mientras no sepamos qué es lo verdaderamente diferencial de la actividad humana en esas prácticas corporales no estaremos en disposición de reclamar un área de conocimiento propia y autónoma para lo que en la actualidad se concibe como conglomerado de ciencias de la actividad física y el deporte.

Pues bien, este artículo pretende abrir un debate sobre la que considero la pregunta fundamental en nuestros estudios, a saber ¿qué significa pensar en acción? Mediante una serie de pasos sucesivos, iremos analizando y desgranando cada uno de los pares opuestos que actúan como limitación para la respuesta a tal pregunta lo que además nos va a permitir aden-

trarnos con nuevos ojos en toda una serie de cuestiones relacionadas, tales como el aprendizaje, la creación y la innovación motrices o la relación existente entre la técnica, la táctica y la estrategia.

Mente-cuerpo

Podríamos decir que es esta la dualidad básica o matriz sobre la cual se apoyan todas las demás y que aparece como fundamento visible y aún rector de nuestra visión occidental.² La recepción de un platonismo cristianizado y un cartesianismo radical como fundamento de nuestro saber científico y acerbo cultural (Turner 1984, García Selgas 1994, Shilling 1993, Maguire 1993) nos han legado una concepción de lo corporal como objeto pasivo y receptor o contenedor de “algo más”, considerado lo verdaderamente importante y que nos constituye como seres humanos, ya sea la mente, la inteligencia, espíritu o voluntad. Como muestra María Julia Carozzi (2005), esta concepción es especialmente acusada dentro del ámbito académico, garante máximo de esa objetividad científica y generador de unas verdades –científicas– atemporales, máximo exponente del ideal del discurso sin situación, sin corporeidad, conciencia pura y eterna.

El descubrimiento del cuerpo dentro de la ciencia, no como objeto pasivo de estudio –al estilo de las ciencias médicas–, sino como fundamento del discurso situado de unos agentes sociales (incluso de los investigadores sociales) tuvo que venir de la

mano de una serie de disciplinas que tardaron bastante más que las consideradas formales (lógica, matemáticas) y naturales (física, medicina) en obtener la etiqueta de científicas: las ciencias sociales o humanas, cuyo enfoque chocó desde el principio en algunos puntos frontalmente contra las primeras.³ En un primer momento, esta circunstancia no ayudó para nada el tratamiento de lo corporal desde la ciencia social: la necesidad de ésta de ganar distancia respecto de las ciencias naturales hizo desechar cualquier aproximación sociológica basada en hechos que se acercara a lo biológico. El estrecho enfoque que pretendió la socio-biología no ayudó en absoluto a evitar ese rechazo, más bien lo acentuó (Turner 1984). La recuperación de lo corporal desde las ciencias sociales se produjo sobre todo desde la segunda mitad del siglo xx.⁴ Como afirma Turner (1992), las principales causas se debieron a la crítica postmoderna de las grandes narrativas, la politización del cuerpo (debido sobre todo a la teoría feminista sobre la biología, el sexo y el género) y la feminización de la vida (algo que Turner no explica como tal). Todo esto debe ser entendido en el marco de desarrollo (i) de un sistema capitalista donde la importancia del consumo, especialmente durante todo el siglo xx, cobra cada vez más importancia y en el cual el cuerpo parece convertirse en mercancía (Featherstone, 1982) cuyo valor simbólico queda asociado a la longevidad y la sexualidad y se convierte en uno de los factores fundamentales de gusto y

¹ La importancia de esta disciplina praxeológica creo que se debe más a la impulsión de un debate serio sobre la necesidad de búsqueda de objeto para las ciencias de la actividad física y el deporte que a las soluciones que propugna. Considero que se sigue apoyando en los pares dualistas a los que nos referimos en el presente artículo y que lo propio de la actividad, la acción y lo corporal desaparecen en un tipo de análisis distanciado, teórico y atemporal y por tanto inadecuado o incompleto por más que autores como Lagardera y Lavega (2003) crean injustificadas y malintencionadas las críticas que sobre esta disciplina se realizan en referencia a la desaparición de lo corporal y de la agencia de los actores. Debido a los límites espaciales del presente artículo debemos dejar para otra ocasión la discusión acerca del grado de pertinencia de la praxeología.

² Para un análisis sobre la concepción oriental de superación de la relación dualista mente-cuerpo como base de todo un entramado metafísico y epistemológico distinto al nuestro, ver Ozawa-De Silva (2002).

³ Así por ejemplo, la introducción de la historicidad, la temporalidad en lo que se consideraban verdades eternas o el intento de concepción y comprensión de los actores humanos como algo distinto a partes o átomos dentro de unas estructuras invariables. A modo de replica, los partidarios de las metodologías naturales tachaban de simple política o pseudociencia a tales formas de conocimiento.

⁴ Obras como las de Merleau-Ponty (1975), Foucault (1990, 1998a, 1998b, 1998c) o Johnson (1987), desde la filosofía, como las de Mary Douglas (1978) desde la antropología, las de Turner (1984), O'Neill (1985) o Synnott (1993) desde la teoría sociológica o como las de Haraway (1999) o Butler (2002) dentro de las aportaciones de la teoría feminista han sido fundamentales para la revisión y reconceptualización de lo corporal. Para una revisión analítica de la sociología del cuerpo, ver Frank (1991), Shilling (1993, 2005). En español se puede consultar una extensa bibliografía así como una valiosa discusión sobre los estudios sociales sobre el cuerpo en Reis (1994). Específicamente en el ámbito deportivo, ver Maguire (1993).

distinción (Bourdieu, 1998) y (ii) del llamado proceso de medicalización, que, debido a las innovaciones técnicas en ese campo ha cambiado completamente la relación humana con la enfermedad y la muerte (Shilling, 1993) y donde el discurso médico se ha convertido en un discurso ético secular muy importante en lo social en general y en lo referido al cuerpo en particular; los regímenes dietéticos, el ejercicio y la higiene se imponen a la hora de definir en gran medida las formas de gobierno del cuerpo (Turner, 1992).

Lejos de haberse resuelto todavía las disputas sobre lo que implica lo corporal desde distintos ámbitos, a lo que han ayudado tales disciplinas provenientes de las consideradas sociales es a la reintroducción de la cuestión de lo corporal en el centro del debate y a poner en entredicho la ya clásica distinción dualística cartesiana mente-cuerpo, binomio que cada vez está siendo más cuestionado no sólo desde las ciencias sociales sino desde enfoques tales como la neurobiología o la cibernética. Una síntesis interesante entre ambas disciplinas en lo referente a la cuestión mente-cuerpo, la constituyen los estudios iniciados por autores como Maturana y Varela⁵ (2003). Según estos autores debemos desterrar de una vez por todas el modelo representacionista por el cual hay una realidad ya dada objetivamente fuera de nosotros y un adentro de nosotros que registra eso que hay fuera, perteneciendo lo corporal al primer término y lo mental al segundo. Este modelo nos llevaba a la idea de que el sujeto es simple receptor pasivo de unas impresiones que le vienen del exterior, que la percepción del sujeto es algo pasivo. Por el contrario, según Maturana y Varela –la fenomenología de Merleau-Ponty (1975) ya lo apuntaba desde un punto de vista filosófico– el sujeto cognoscente siempre entra en relación con el mundo no como mero receptor sino mediante una acción en la cual coemergen tanto el mundo como las experiencias que constituyen al

sujeto. Sería complicado en tan corto espacio desarrollar en profundidad su teoría pero valga una cita de Rolf Behncke en el prefacio a la obra capital de Maturana y Varela para entender las profundas consecuencias que tiene su enfoque sobre la relación mente-cuerpo:

Cualesquiera sean nuestras percepciones conscientes, aunque las diferenciamos entre sensoriales o espirituales (de los sentidos, sensaciones, emociones, pensamientos, imágenes, ideas), no operan éstas “sobre” el cuerpo, ellas son el cuerpo (...) Percepción y pensamiento son operacionalmente lo mismo en el sistema nervioso, por eso no tiene sentido hablar de espíritu vs. materia o de ideas vs. cuerpo (...) En el ámbito experiencial de una comunidad de observadores, la sola diferencia entre “materia” y “espíritu” está en la mayor o menor estabilidad o constancia perceptual (regularidad) de unas u otras experiencias perceptuales (2003, p. xxiii).

Queda ahora por aclarar a qué nos referimos ahora con percepciones conscientes, algo que haremos en el siguiente apartado en el que nos ocuparemos del problema de la conciencia y la relación consciente-inconsciente.

Consciente-inconsciente

Quizá haya pocas teorías científicas que hayan realizado a la sociedad un préstamo de términos de tanta amplitud y profundidad como el del psicoanálisis freudiano. Es así como este enfoque ha monopolizado –y sigue haciéndolo– desde muchos años las nociones de conciencia e inconsciencia. La teoría de Freud venía a abrir una honda herida en el pensamiento racionalista ilustrado al hacer ver que el hombre más que ser una razón clara y luminosa era un entramado de pulsiones y deseos difícilmente controlables y siquiera perceptibles. Lo que ocurre es que, lejos de acabar con la dualidad mente-cuerpo, la dio un giro re-

novado donde ahora mente se asociaba principalmente a lo consciente y lo corporal, lo emocional, lo afectivo se asociaba a lo inconsciente. Así, parece que cuando se hablaba de consciencia, tan sólo nos referíamos al discurso interno que ocurre dentro de nuestras cabezas y llamamos pensamiento. El cuerpo mantiene esa noción de cárcel del alma o hermano malvado de la racionalidad humana con toda una serie de pulsiones libidinales actuando por debajo del plano de consciencia.

Deberíamos comenzar reformulando los conceptos y las relaciones entre consciente e inconsciente y para ello nos vamos a servir de la obra de John Searle (1996). Este autor parte de la idea –ya desarrollada ampliamente por la filosofía fenomenológica de Husserl– de que una característica notable de nuestra vida mental es la de intencionalidad, debido a que en nuestra relación con el mundo hay una proyección hacia algo, hay siempre una intencionalidad de. Eso no quiere decir que todo lo mental sea siempre intencional. Como muestra Searle (1996, p. 149), los estados de ánimo no implican intencionalidad pero implican un tono general que invade en casi todo momento nuestros estados conscientes, siendo éstos últimos el prerequisite de la intencionalidad (1996, p. 141) ya que sin consciencia no se puede hablar de intencionalidad. Sin embargo, no han de confundirse los estados de ánimo con lo mental inconsciente. Aquéllos eran tonos generales y éste se refiere a procesos mentales que, en principio, son accesibles a la conciencia pero que, o bien están reprimidos (aquellos que identificamos típicamente como freudianos) o bien no estoy pensando en ellos en estos momentos. Es decir, el inconsciente implica una potencialidad de consciencia, una disposición a tener procesos mentales conscientes (1996, p. 168). Esto es lo que Searle expone como principio de conexión: no hay que entender a lo inconsciente como algo totalmente separado de lo consciente, como algo que maneja los hilos de

⁵ Ver también Varela, Thompson y Rosch (1997) y el desarrollo de la disciplina denominada neurofenomenología por Varela (2000).

nuestro hacer consciente desde atrás sino como algo que se transforma en un momento dado, que pasa a ser consciente. Como vemos, ambos estados (consciente e inconsciente, que no no-conciente) son condición indispensable para lo que llamamos intencionalidad intrínseca (humana, mental) que está sesgada siempre por un contorno de aspecto. Esto es lo que nos permite pensar o percibir algo bajo ciertos aspectos y no otros. Llegamos así al punto clave de la exposición de Searle, el referido al Trasfondo –y el término asociado de Red–⁶ (1996: Cap. 8). El trasfondo es una capacidad mental no intencional que permite la aparición de fenómenos intencionales tales como la interpretación, la comprensión, la creencia, experiencia... debido a que implica un saber cómo (know-how) una practicidad natural de relación con el mundo sobre la cual interpretar. En este sentido, el autor afirma que:

Toda la intencionalidad consciente –todo pensamiento, percepción, comprensión, etc.– determina condiciones de satisfacción sólo relativamente a un conjunto de capacidades que no son y no pueden ser parte de ese mismo estado consciente. El contenido efectivo por sí mismo es insuficiente para determinar las condiciones de satisfacción” (1996, p. 195).

Podríamos utilizar entonces la denominación de trasfondo de intencionalidad (necesario en toda acción social) aunque sería mejor denominarlo trasfondo de sentido en general ya que, como indica Selgas (1994b, p. 499) “el trasfondo de la intencionalidad ha de confluir con el trasfondo de la estructuración” haciendo referencia a que el individuo es parte de lo social, que tiene marcos de sentido no autónomos y personales sino sociales.

Siguiendo el desarrollo de las ideas de Maturana y Varela (2003) veíamos que el contenido de la consciencia puede expresarse como percepciones conscientes,⁷ siendo las que llamamos sensoriales una forma de actividad perceptiva con el mundo y las consideradas espirituales una forma de actividad perceptiva vuelta hacia sí mismo, una forma de autoconciencia que identificamos normalmente con el nombre de reflexión y que solemos expresar mediante un discurso verbal interiorizado al que comúnmente llamamos lenguaje (pero que, como veremos más adelante, no es el único lenguaje humano posible).

Antes de terminar este apartado sobre los procesos conscientes-inconscientes, debemos introducir otra distinción pertinente y fundamental hecha por Searle (1996, p. 147) acerca de lo que implica el binomio centro de atención-periferia. Se tiende a identificar procesos inconscientes con aquéllos que en una situación determinada están en la periferia de nuestra atención consciente, algo que para Searle es un completo error. Esto se soluciona aclarando que nuestra percepción consciente tiene diversos grados de atención pero nada tiene que ver esto con lo inconsciente, que en esos momentos no puede ser pensado ni percibido. Hemos decidido recalcar esta distinción debido a que en el siguiente apartado veremos situaciones que pueden distinguirse por el tipo de contenidos de consciencia, ya sea porque aparecen de forma única o ya sea porque aparecen de forma predominante, dentro del centro de atención de la consciencia. Esto va a depender en gran medida del tipo de actividad que estemos realizando en esos momentos, del grado de urgencia temporal que implique. Es lo

que pretendemos exponer en la discusión acerca del pensamiento teórico y el pensamiento práctico o en acción.

Pensamiento teórico y pensamiento práctico

Una vez aclarados los dos apartados anteriores, llegamos aquí al centro de la problemática sobre lo que implica el pensamiento práctico o en acción. Para ello debemos empezar tomando en cuenta la relación que existe entre pensamiento y lenguaje.

Si mantuviéramos la imagen dualista mente-cuerpo a la cual nos referíamos en el primer apartado, podríamos estar tentados a describir las actividades físicas como simples conductas adaptativas externas que compartíamos a nivel evolutivo con los demás animales. Sin embargo, no podemos olvidar que esas actividades físicas de las que hablamos se encuentran dentro de un entorno humano, de una transmisión cultural –en contrapartida con los patrones más rígidos de transmisión genética que se dan en otros animales– y que por tanto se encuentran siempre dentro de un dominio comunicativo para los componentes de cierto entorno cultural. Esto es lo que hace que podamos considerar las acciones de esas actividades físicas no sólo como conductas sino con plena pertenencia al ámbito del lenguaje, con un componente simbólico de comunicación entre individuos de una comunidad cultural. Tanto es así que incluso aquellas actividades físicas que se puedan desarrollar en solitario con el medio –por otro lado, situación análoga a cuando nos ponemos a reflexionar en soledad– llevan ya en sí implícitas todo un acerbo cultural, de relación y comunicación de una comunidad que ha ayudado

⁶ Ambos términos hacen mención a la parte mental inconsciente que posibilita una intencionalidad consciente, pero la red necesita un trasfondo como base. El trasfondo es aquello dado por hecho y que nunca tuvo la sensación de aprenderse, mientras que la red, aunque ahora parezca dada por hecho hubo que aprenderse una vez, en forma de reglas prácticas o demás: “Ahora bien, dentro del conjunto de capacidades habrá algunas que se han adquirido en forma de reglas, hechos etc. Conscientemente aprendidos. Por ejemplo, a mí se me han enseñado las reglas del béisbol. Que en Estados Unidos conducimos por la derecha, y el hecho de que George Washington fue el primer presidente. No se me enseñó regla alguna para andar, ni tampoco que los objetos son sólidos. La intuición original de que hay una distinción Red y Trasfondo se deriva de este hecho. Algunas de las capacidades que uno tiene nos capacitan para formular y aplicar reglas, principios, creencias etc., en las realizaciones conscientes que uno lleva a cabo. Pero necesitan todavía capacidades de trasfondo para su aplicación” (1996, p. 195).

⁷ Merleau-Ponty observa que “Toda consciencia es, en algún que otro grado, consciencia perceptiva” (1975, p. 404).

a aprender a ese sujeto esas formas de relación, de comunicación cultural con el medio.⁸

Sin embargo, es cierto que el tipo de lenguaje al que nos referimos normalmente con el término idioma –español, inglés, francés– es un tipo especial de lenguaje, uno que nos permite un alto grado (mayor que el lenguaje motriz) de emancipación simbólica (Elias, 1994) respecto de las situaciones vividas, de los contextos de actuación, algo que permite la comunicación entre miembros de una comunidad sobre una gran diversidad de temas y ámbitos y que se puede considerar como el más adecuado para la exploración interior que solemos denominar reflexión y que posibilita la autoconciencia. Pero si bien es más adecuado para este tipo de acciones (siendo las dos últimas las que identificamos plenamente con la noción de pensamiento teórico) tiene grandes carencias; por ejemplo, para ser utilizado por sí sólo en situaciones de urgencia temporal, de práctica. Ahondemos un poco más sobre esta cuestión.

Hemos dicho que para que exista pensamiento debemos utilizar un lenguaje. Es así como comúnmente identificamos el pensamiento, con una corriente verbalizada normalmente en nuestro propio idioma, en esa situación de reflexión, vueltos hacia nosotros, como separados del mundo. Ahora bien, nada haría decir que una persona en esa situación de aislamiento propio pero que habla en voz alta no esté pensando; en este caso decimos que piensa en voz alta. Es decir, las manifestaciones internas o externas del pensamiento en la utilización del

lenguaje en principio no marcan gran diferencia. Sí la marca la cuestión de la urgencia temporal. Siempre que una persona se encuentre inmersa en una interacción con el mundo o con otros se verá sujeta a una urgencia temporal que implica el curso de acción. Eso significa que es extremadamente importante percibir que está sucediendo en la situación, ya no es posible concebir la interacción como un diálogo de personas aisladas y vueltas sobre sí mismas –reflexionantes. En esas situaciones, el uso del lenguaje, incluso el idiomático, debe atender concretamente al contexto (Garfinkel, 2006),⁹ al tono, al ritmo, a los turnos de acción o de palabra (H. Sacks, E. Schegloff y G. Jefferson, 1974) para que se establezca comunicación.

Si en la situación ideal del sujeto reflexivo y aislado se intenta evitar todo tipo de percepción que no sea el propio pensamiento¹⁰ y todo el centro de atención de la consciencia está sobre esa verbalización interior en relación con un trasfondo de sentido, en las situaciones de interacción, de urgencia temporal, la verbalización (que puede ser interior o exterior) no está deslindada de la percepción de lo que ocurre en el curso de actividad ya que es todo el individuo en acción el que obra e interpreta, en el que surgen esos elementos conscientes (percepción y pensamiento) en relación con un trasfondo de sentido o intencionalidad. Queremos así evitar una concepción clásica que trata de identificar el pensamiento práctico tan sólo con un trasfondo entendido como base de una racionalidad teórica, identificada con un pensamiento efectivo e intencional. También tratamos de evitar esa concepción

clásica que trata de diferenciar en dos momentos lo que ocurre en el pensamiento práctico: un momento pasivo, externo, corporal, el de la percepción y otro momento activo, interno, mental, el del pensamiento. Volvemos a repetir (ver p. 90): percepción y pensamiento son operacionalmente indiferenciables para el sistema nervioso e implican una actividad del sujeto que va al encuentro, no sólo recibe, de la situación en la que se ve inmerso como agente en la propia composición de la misma en comunicación con otros. En estos momentos podemos hablar de un pensamiento en acción.

Si trasladamos estos supuestos a lo que verdaderamente nos interesa a nosotros, aquellas situaciones de interacción motriz (que pueden ser cooperativas y/o de oposición), vemos como la urgencia práctica exige una participación muy activa tanto de la percepción¹¹ como de un lenguaje motor, en algunos casos muy sofisticado. Esas acciones que nosotros observamos se pueden entender como la “verbalización motriz” de nuestro pensar y, como hemos indicado hace un momento, no están separadas de las percepciones, forman con ellas un complejo perteneciente a la consciencia, apareciendo éste en relación a un trasfondo de sentido o intencionalidad. Es decir, por ejemplo percibir y moverse como un experto es una y la misma cosa, a saber, pensar en acción como un experto, tener el sentido de juego de un experto, tener una competente “lógica corporal implícita” en términos de Sheets-Johnstone (1981). Éste encuentra todo a la vez (percepción y pensamiento) en una acción orientada –que sea orientada parte de

⁸ Así, ante el mito de Robinson Crusoe como individuo fuera de la sociedad que vuelve a la naturaleza, Merleau-Ponty (también Elias) comenta que ese individuo que perteneció a la comunidad humana no puede dejar de modo inmediato y automático de pertenecer a ella en sus acciones por estar separada de ella y que es por eso que Crusoe se mantiene dentro de los límites de su ser-inglés a lo largo de toda su aventura.

⁹ Garfinkel lo muestra claramente en sus experimentos sobre la “toma literal de significado” sea cual sea la situación en la que se está hablando, lo cual acaba mostrando la incapacidad, la indignación o el fallo comunicativo como resultado de ese modo de actuar. Esto se debe a que, como afirma este autor, el uso de las expresiones de lenguaje son acciones dentro de esa interacción, no algo separado de la situación.

¹⁰ Algo que como Merleau-Ponty (1975, p. 404) recuerda es imposible ya que: “Yo puedo cerrar mis ojos, taparme los oídos, pero no puedo cesar de ver, mal que sea solamente el negro de mis ojos, de oír, mal que sea el silencio...”.

¹¹ En este sentido queremos destacar que al referirnos a percepción no estamos simplemente refiriéndonos a la visión. Por ejemplo, es de especial importancia (en algunas disciplinas deportivas más que en otras) la percepción activada en los receptores del tacto y la propiocepción, que en algunos casos son potentes fuentes de relación con el medio en el que nos movemos, por ejemplo en el avance de un nadador en el agua (Nishimura, 2006, pp. 143-144).

relación especial de su consciencia y su trasfondo la cual lo constituye como experto— dentro del juego que se está desarrollando.

Esta conceptualización es muy diferente a la que obtendríamos desde una posición en la cual viéramos las acciones de los jugadores como órdenes dadas por un pensamiento interior verbalizado anterior a la acción.¹² El error de pensar que toda actividad deportiva se lleva a cabo de este modo, consiste en introducir un tipo de pensamiento distanciado, teórico —el del analista externo— en unos actores que están actuando de acuerdo a una lógica sujeta a una urgencia temporal que no se corresponde con la de ese observador externo.¹³ Que tales verbalizaciones o ideaciones internas pueden aparecer en el transcurso del juego es un hecho pero, precisamente, pueden llegar a ser muy negativas, al generar distracción o a que, con la emancipación simbólica, la separación de la situación actual que ellas operan, pueden dar lugar a una mala e ineficaz actuación. Puede ser también síntoma de una fase temprana en el aprendizaje de la habilidad o de un nivel de maestría pobre ya que al carecer de un pensamiento en acción experto —no es capaz de percibir y actuar de un modo discriminatorio eficaz de lo que está pasando, de las posibles jugadas a realizar— trata de encontrar una solución tomando distancia (tiempo para decidir), dando lugar a lo que en la jerga deportiva se alude con la frase “parálisis por análisis” o lo que normalmente queremos expresar cuando decimos que un jugador “piensa demasiado”. En las actividades motrices, esa verbalización o ideación interna trata

de evitarse o de reducirse a la periferia de la atención, manteniéndose en el centro de la consciencia el complejo percepción-acción que constituye el pensamiento en acción. Cuando esto se logra, podemos observar situaciones en las cuales:

El resultado es una maestría que no sólo es conocida por el mediador sino visible para los demás: reconocemos fácilmente, por su precisión y gracia, un gesto que está animado por la consciencia plena. Habitualmente asociamos la presencia plena con los actos de un experto, tal como un atleta o un músico (Varela, Thompson y Rosch 1997, p. 53).

El desarrollo del par presencia plena-consciencia abierta desarrollado por estos autores tiene, como ellos mismos afirman, gran influencia por parte del pensamiento budista. De hecho, en la tradición oriental es conocida la práctica de la meditación como medio de trascendencia de la separación mente-cuerpo, sujeto-individuo en la cual se trata de evitar la aparición y fijación del discurso interior, que nosotros identificamos de manera unívoca con el pensamiento, como manera de relación con lo que nos rodea. Respecto a las actividades físicas, quizá haya sido la disciplina del budismo zen la que ha sido más utilizada en prácticas como las artes marciales (debido a la herencia de las prácticas samurai, en las cuales se desarrollaron también actividades como la o caligrafía o Shodo, los poemas Haiku, la utilización de instrumentos musicales tales como el Sakuhachi o la conocida ceremonia del té o Cha-no-yu), en su enfoque radical sobre la necesidad de tener una mente vacía (Mushin) a la hora de poder actuar con total eficacia (algo que parte de

las modernas técnicas de psicología del deporte también tratan de desarrollar). Como recuerda Bar-on Cohen (2006, p. 80) al hablar de una situación de combate en karate:

En esa situación, un pensamiento (una decisión) o una emoción (la voluntad de ganar, por ejemplo) es una actividad somática que puede ser detectada por el otro, un modo corporal de intersubjetividad: la mente también es un movimiento. Para que el ataque sorprenda al contrario debe estar vacío, debe empezar sin revelar ningún signo.

Pero, lejos de ser una experiencia exclusiva del mundo de las artes marciales o demás prácticas no occidentales, es algo que ha sido muy estudiado en psicología bajo el concepto de “estado de flujo” y que en mayor o menor grado todo el mundo ha podido experimentar alguna vez en su vida cotidiana (la experiencia de abandono total de sí en la fusión amorosa con la persona amada) e incluso en algunos momentos de una práctica físico-deportiva. Desde luego que es más fácil que tal proceso ocurra con más frecuencia y de forma más duradera cuanto mayor sea el nivel de maestría. El ejemplo de la improvisación es una prueba de ello. Como muestra David Sudnow (2001) en su estudio sobre la improvisación de jazz al piano, sólo cuando se ha obtenido un alto nivel de maestría se es capaz de realizar la desconexión necesaria para poder dejar fluir la actividad a nuestro través. Hay que ser muy cautelosos a la hora de examinar qué se quiere expresar con el término desconexión en este contexto. No queremos expresar de ningún modo que los movimientos se hagan automáticos y el artista toque el piano

¹² Merlau-Ponty criticaba duramente este modelo de representación, considerando que el cuerpo no es “un esclavo de la conciencia”. Para este autor, ese conocimiento en movimiento como forma de relación natural con el mundo, sin necesidad de representaciones mentales previas era denominado *practonogía* (1975, pp. 157-158). Sería interesante observar, como ejemplos intermedio entre esas dos situaciones límite de ausencia de urgencia o total urgencia, lo que ocurre cuando alguien se enfrenta a la resolución matemática de problemas en un examen o la situación generada en una partida de ajedrez. En ambas actividades, la percepción de lo que ocurre no es tan importante-en relación a la urgencia temporal- como en un partido de fútbol por ejemplo, pero sí están implicadas en una secuencia con límite temporal (el final del examen, el reloj que determina los movimientos en ajedrez) y necesitan así mismo de una relación con el trasfondo que les permita un cierto sentido de juego para afrontar los problemas, para tratar de proponer jugadas o movimientos “con sentido” dentro de la actividad en la que se ven inmersos.

¹³ Esto es lo que tanto Bourdieu (1991, 1999) como Garfinkel (2006) denuncian como falacia de todo análisis científico que introduce la forma de pensar del investigador social en la de los actores sin tener en cuenta que su relación con la realidad que estudia está mediada por una ausencia de urgencia temporal que no existe para los actores inmersos en la interacción social.

como una autómatas –sin pensar– sino que ha interiorizado un sentido del juego o del toque a través del estudio de ciertos esquemas estructurados en los que se ejemplificaba la habilidad y es ahora capaz de trascender las formas impuestas,¹⁴ realizar nuevas combinaciones sin dejar de atender a ese modo de actuar particular que le mantiene dentro de cierto estilo. Como afirma Sudnow:

Se han desarrollado estilos de ser, se han hecho más generalizados, realizados en cada una de las partes, modos de movimiento primero obtenidos en interpretaciones con caminos marcados y ahora liberados de las rutas específicas en cuyo viaje fueron adquiridos, liberados en un esfuerzo por alcanzar la melodía (2001, pp. 58-59).

Como hemos visto a lo largo de este apartado, el desarrollo que hemos hecho sobre el par pensamiento teórico-pensamiento en acción en lo referido específicamente a las actividades físico-deportivas, va a tener una repercusión muy significativa en el modo en el que concebimos la relación clásica entre técnica, táctica y estrategia, algo que nos proponemos tratar a continuación.

Relación técnica-táctica-estrategia

En la relación recurrente que existe entre estos tres términos vamos a ser capaces de observar el modo en el cual el trasfondo de intencionalidad y la intencionalidad

–consciente– interactúan dando lugar a lo que denominamos pensar en acción. Vamos a poder observar así mismo como se relacionan los dos tipos de temporalidad asociadas a lo teórico y lo práctico, de qué modo se entrecruzan en el momento en que se dan las propias actividades físico-deportivas.

Comencemos prestando atención de nuevo a la obra de Searle (1996), en este caso, a lo que comenta sobre los ajustes que hace el sistema del globo ocular mientras conducimos: la intencionalidad es la nuestra de conducir de forma correcta aunque para ello nos ayuda un mecanismo físico del sistema ROV (reflejo ocular vestibular):

El aparato del ROV funciona para mejorar la eficiencia visual, pero la única intencionalidad es la percepción consciente del objeto. El resto del trabajo lo realiza en su totalidad el mecanismo físico bruto del ROV (pp. 240-241).

Es decir, en la ejecución de unas actividades físicas hay ciertos componentes que son reflejos (como en este caso) o se han hecho automáticos por aprendizaje¹⁵ y que son un soporte necesario para el desarrollo de la intencionalidad, es decir, han devenido parte del trasfondo de intencionalidad. Así, la técnica puede considerarse como todo mecanismo que por repetición adaptativa ha devenido parte de un trasfondo (no consciente, por tanto, carente de intencionalidad) y que sirve para ayudar a la intencionalidad

consciente en la adaptación a la situación. Que la técnica haya devenido parte del trasfondo no debe entenderse como la simple introducción de secuencias o patrones motrices fijados –como si fueran objetos– dentro de un compartimento. Nada de eso: la técnica no es un conjunto discreto de movimientos sino un patrón motriz flexible y adaptativo como consecuencia del carácter activo del aprendizaje del individuo, incluso en algo que denominamos comúnmente como automático. Como muestra Nicholai Berstein (1996), la adquisición de una habilidad, de una técnica, nunca es una repetición de lo mismo, lo que de nada serviría luego como fundamento de respuestas en situaciones altamente cambiantes.¹⁶ Al contrario, implica ese patrón motriz flexible y adaptativo al que aludíamos como resultado de una constante exposición a situaciones parecidas pero que siempre implican variaciones, por pequeñas que sean, lo que le aportan un valor real a la hora de formar parte del trasfondo.¹⁷

La táctica podría definirse de un modo análogo a la técnica, si bien mantiene respecto a ella ciertas diferencias. En la técnica hablamos de “mecanismo”, haciendo referencia a soluciones propuestas para problemas motores muy concretos (golpeo del balón, colocación de la raqueta, entrada de la mano en natación). En la táctica los problemas a los que nos enfrentamos son más generales, de concepción global de la situación de juego.¹⁸ Por eso, más que mecanismo debemos hablar de

¹⁴ En artes marciales, las tres fases del aprendizaje shu-ha-ri se refieren a obtención de la forma, ruptura de la forma y abandono o trascendencia de la forma. Es en esta última fase en la que se puede hablar de verdadera maestría y coincide con lo que hemos referido con el concepto de improvisación.

¹⁵ Podríamos objetar que la noción de reflejo-automatismo no es tan clara como en principio podría parecer. Dar por hecho que el ojo del recién nacido ve como nosotros es obviar el proceso necesario del aprender a ver, a enfocar, a percibir visualmente, algo que se realiza en su interacción con el medio y que debe ser aprendido, aunque sea un proceso que el propio organismo puede llegar a desarrollar, no necesita de nadie que le transmita ese conocer. Sin embargo, a partir de un sistema de visión general pueden desarrollarse diversos modos de ver, atendiendo por ejemplo a la especialidad profesional que se realice. A este respecto, ver el esclarecedor análisis de Goodwin (1994) sobre la visión profesional.

¹⁶ Según Berstein: “Las repeticiones de un movimiento o acción son necesarias para resolver un problema motor muchas veces (de forma cada vez mejor) y para encontrar las mejores formas de resolverlos. Las soluciones repetitivas de un problema son también necesarias porque, en condiciones naturales, las condiciones externas nunca se repiten y el curso de un movimiento nunca es idealmente reproducido. Consecuentemente, es necesario obtener experiencia relevante a todas las modificaciones de una tarea, de forma primaria, a todas las impresiones que se encuentran bajo las correcciones sensoriales de un movimiento” (1996, p. 176).

¹⁷ Para una aplicación real de las implicaciones de ese trasfondo de intencionalidad que aporta la adquisición técnica como forma o sentido de percepción especial, ver los trabajos de Bar-on Cohen (2006) en karate y de Downey (2004) en capoeira, con un reconocido cariz fenomenológico.

¹⁸ Sin embargo la relación técnica-táctica está lejos de ser simple. Por ejemplo, las katas o pumses del karate y taekwondo respectivamente pueden entenderse como estructuras técnicas que atienden a una codificación eficaz de combinaciones que provienen de soluciones concretas a situaciones tácticas de confrontación real encontradas en el pasado.

un sentido de juego¹⁹ que por repetición adaptativa ha devenido parte de un trasfondo (no consciente, por tanto, carente de intencionalidad) y que sirve para ayudar a la intencionalidad consciente en la adaptación a la situación. Tener unos buenos fundamentos tácticos es ser capaz de discriminar las jugadas buenas y las malas, las jugadas siquiera posibles o las que no tienen ni sentido.

Como vemos, tanto técnica como táctica se constituyen como parte del trasfondo y son imprescindibles para desarrollar un pensamiento en acción en una situación de urgencia temporal. Por el contrario, la estrategia pertenece a otro ámbito. La estrategia implica un distanciamiento de la actividad, un análisis previo al juego (por ejemplo mediante el visionado de los rivales, la preparación de jugadas) y es la función principal propia de un actor que no es jugador pero que está en íntima relación con ellos: la figura del entrenador. Es éste el que diseña los sistemas de juego, el que da una estructura a los jugadores, el que decide si hay que ir al ataque o encerrarse atrás. Sin embargo, esta función no es totalmente exclusiva del entrenador; pueden aparecer también planteamientos estratégicos en un deportista a lo largo de una misma competición, como por ejemplo en un boxeador que decide esperar hasta los dos últimos asaltos para pasar al ataque. Sin embargo, ya vemos que la relación de la estrategia con el curso de la acción no se da de manera natural como en el caso de la técnica o la táctica. Implica la introducción de una temporalidad teórica, de la utilización de otro lenguaje (la verbalización reflexiva) que saca al jugador de la inmediatez del juego (lo que en algunos momentos puede ser perjudicial como ya apuntábamos). La estrategia aparece no como parte del trasfondo sino a modo de consignas que están más o menos al centro o la periferia de la atención del jugador, el cual debe tenerlas en cuenta como parte de su quehacer táctico en la actividad que

desarrolla. No podemos obviar que, aunque los sistemas de juego tienen limitaciones estratégicas, siempre implican resolver problemas de tipo táctico, propios de los problemas de los cursos de interacción en los que se encuentra el jugador. De hecho no es en los jugadores sino en el entrenador en el que recae constantemente el papel de funcionar como recordatorio físico, verbal, de esos supuestos estratégicos gritando desde la banda lo acordado antes del encuentro o dando instrucciones de variación de los mismos según el transcurso del juego. Ellos son los que tienen una visión privilegiada a este efecto porque están distanciados de alguna forma de la urgencia temporal en la que se ven inmersos los jugadores dentro del campo.

En resumen, para pensar en acción hay que poner en relación una intencionalidad consciente con un trasfondo (en el que se encuentran elementos técnicos y tácticos) y con ciertas consignas de carácter estratégico (introducen cierta distancia) en el curso específico de acción en el nos encontramos en esos momentos. Es decir, no tiene sentido hablar de pensar en acción si no nos encontramos en un curso de acciones de juego, si, como hemos repetido a lo largo de toda la exposición, no nos vemos inmersos en la urgencia temporal de la actividad de interacción. Es en ese proceso recurrente de técnica, táctica y estrategia donde va avanzando el nivel de maestría del jugador que se va haciendo más inteligente motrizmente y es capaz de realizar patrones que llamamos improvisados, de creación, en vez de repetir mediante automatismos. Tal proceso está ligado indeliblemente a la alteración a lo largo del proceso de aprendizaje de un trasfondo que debe entenderse como sede o base de toda acción y de capacidad innovativa y creativa. Como afirman Varela, Thompson y Rosch (1997, p. 176), refiriéndose al saber hacer (know how) incluido en el trasfondo: “en vez de tratar el know how contextual como un desecho que se puede eliminar

progresivamente mediante el descubrimiento de reglas más elaboradas, considerarlo la esencia misma de la cognición creativa”.

Conclusiones

Este artículo ha querido llamar la atención sobre lo que hemos denominado como racionalidad práctica o pensamiento en acción, el cual está especialmente presente en el tipo de actividades físico-deportivas de las que se ocupan nuestros estudios. Con ello he querido además destacar el hecho de que los problemas derivados de ese tipo de racionalidad, lejos de tenerse que tratar como algo tácito o implícito –y por tanto acusado de anticientífico– que deba dejarse en manos de los especialistas, sea el entrenador o el instructor de tales disciplinas, tienen cabida dentro del estudio académico –que implica cierta distancia– siempre que se respeten algunas características de esas circunstancias especiales. Por ejemplo, evitando introducir un tipo de visión y temporalidad que no es la propia de los cursos de acción.

Considero que la exposición y análisis de los cursos y patrones de acción puede llevarnos a saber muchas cosas sobre esas actividades, sobre los trasfondos de intencionalidad y sentido que caracterizan a esas actividades, sobre la constitución de sus participantes en miembros (en el sentido de Schütz, como “hablantes de un mismo idioma natural”), sobre el proceso de aprendizaje y los distintos niveles de maestría, sobre las cuestiones referidas al automatismo y a la innovación o sobre el debate sobre la técnica, la táctica y la estrategia.

Considero así mismo que procediendo del modo como hemos apuntado a lo largo de este artículo, se puede volver de una manera más cercana a las prácticas motrices sin caer en los peligros que el propio Parlebas, en el prólogo a la obra de Lagardera y Lavega (2003, p. 8) apunta: “Conti-

¹⁹ Para la relación del concepto de habitus (Bourdieu 1991, 1999) como operador práctico de un sentido de juego –con implicaciones sociológicas más allá de la simple motricidad– aplicado a la actividad física, ver los análisis sobre el habitus pugilístico que realiza Wacquant (2004, 2005).

nuar razonando en términos de cuerpo o de movimiento es regresar a las reflexiones de antaño, a posiciones anticuadas y ambiguas que corren el riesgo de reducir a la persona activa a un simple organismo de técnicas gestuales". Precisamente nosotros pretendemos volver a obtener la temporalidad propia de la acción, entendiendo las interacciones que en ella ocurren para devolver la capacidad de agencia a unos participantes que intervienen mediante una producción/reproducción de unos patrones motores en comunicación.

Si volviéramos ahora a plantear la pregunta inicial sobre qué es lo que pensaba Messi en la jugada del gol, podríamos decir ahora que el jugador argentino no dejó de pensar en ningún momento mientras avanzaba hacia portería: estaba presente un pensamiento en acción desarrollado a lo largo de la jugada en el cual aparecían de forma periférica algunas consignas verbalizadas (como la de "ir para adelante") pero que de ninguna manera se aparecían anticipadas a modo de orden decisional previa a cada una de las acciones del jugador.

Referencias bibliográficas

- Berstein, N. A. (1996). On Dexterity and Development. En M. Latash y M. Turvey (eds.). In Dexterity and Its Developments. New Jersey: Lawrence Erlbaum Assoc: 1-244.
- Bourdieu, P. (1991). El sentido práctico. Madrid: Taurus.
- (1999). Meditaciones pascalianas. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2002). Cuerpos que importan. Barcelona: Paidós.
- Douglas, M. (1978). Símbolos Naturales. Madrid: Alianza.
- Downey, G. (2005). Learning Capoeira. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Elias, N. (1994). La teoría del símbolo. Barcelona: Península.
- Featherstone, M. (1982). The body in Consumer Culture. *Theory, Culture & Society* 1:18-33.
- Foucault, M. (1990). Tecnologías del Yo. Barcelona: Paidós.
- (1998a). Historia de la Sexualidad I. México: Siglo Veintiuno Eds.
- (1998b). Historia de la Sexualidad II. México: Siglo Veintiuno Eds.
- (1998c). Historia de la Sexualidad III. México: Siglo Veintiuno Eds.
- Frank, A. (1991). For a Sociology of the Body, an Analytical Review. En Featherstone et al. (eds). *The Body, Social Process and Cultural Theory*: 36-102. London: Sage.
- García Selgas, F. (1994a). El Cuerpo como Base del Sentido de la Acción Social. *Reis* 68: 41-84.
- (1994b). Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (coords.), *Métodos y técnica cualitativas de investigación en ciencias sociales*: 493-526. Madrid: Síntesis.
- Garfinkel, H. (2006). Estudios en etnometodología. Barcelona: Anthropos.
- Goodwin, C. (1994). Professional Vision. *American Anthropologist*. 96(3): 606-33.
- Haraway, D. (1995). Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra.
- Johnson, M. (1987). *The Body in the Mind: the Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago: Chicago Univ. Press.
- Lagardera Otero, F. y Lavega Burgués, P. (2003). Introducción a la praxiología motriz. Barcelona: Paidotribo.
- Maguire, J. (1993). Bodies, Sportcultures and Societies: a Critical Review of some Theories of the Body. *International Review of the Sociology of Sport*, 28: 35-52.
- Merleau-Ponty, M. (1975). Fenomenología de la percepción. Barcelona: Península.
- Maturana, H. y Varela, F. (2003). El árbol del conocimiento. Santiago de Chile: Lumen.
- Nishimura, H. (2006). *Physical Cognition in Sport*. En Maguire, J. y Nakayama, M. *Japan, Sport and Society: Tradition and Change in a Globalizing World*. London: Routledge.
- O'Neill, J. (1985). *Five Bodies. The Human Shape of Modern Society*. London: Cornell University Press.
- Ozawa-De Silva, C. (2002). Beyond the Body/Mind? Japanese Contemporary Thinkers on Alternative Sociologies of the Body. *Body and Society*, 8(2): 21-38.
- REIS (1994). Monográfico sobre perspectivas en sociología del cuerpo, vol. 68.
- Sacks, H.; Schegloff, E. y Jefferson, G. (1974). A Simplest Systematics for the Organization of Turn-taking in Conversation. *Language* (50): 696-735.
- Searle, J. R. (1996). El redescubrimiento de la mente. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Sheets-Johnstone, M. (1981). Thinking in Movement. *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 39(4):399-408.
- Shilling, C. (1993). *The Body and Social Theory*. London: Sage.
- (2005). *The Body in Culture, Technology and Society*. London: Sage.
- Sudnow, D. (2001). *Ways of the Hand*. Cambridge: MIT Press.
- Synnot, A. (1993). *The Body Social. Symbolism, Self and Society*. London: Routledge.
- Turner, B. S. (1984). *The Body and Society*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1992). *Regulating Bodies. Essays in Medical Sociology*. London: Routledge.
- Varela, F. (2000). *El Fenómeno de la Vida*. Santiago de Chile: Dolmen.
- Varela, F. J.; Thompson, E. y Rosch, E. (1997). *De cuerpo presente*. Barcelona: Gedisa.
- Wacquant, L. (2004). *Entre las cuerdas*. Madrid: Alianza.
- (2005). *Carnal Connections: On Embodiment, Apprenticeship and Membership*. *Qualitative Sociology*, 28 (4):445-474.